

Francis Bacon

Ensayos

Edición al cuidado de Gonzalo Torné



Galaxia Gutenberg

FRANCIS BACON

Ensayos

Prólogo y traducción de Gonzalo Torné

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *The Essays*
Traducción del inglés: Gonzalo Torné de la Guardia

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2023

© del prólogo y la traducción: Gonzalo Torné, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 13858-2023
ISBN: 978-84-19738-49-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Sobre la verdad

Pilato preguntó «¿qué es la verdad?» pero lo hizo sin esperar ninguna respuesta, bromeando. Nadie puede dudar que ciertas personas disfrutan siendo frívolas, y que para muchos perseverar en una creencia es una clase de servidumbre que entorpece tanto la libertad de pensar como la libertad de actuar. Y aunque las escuelas filosóficas que defendían estas posiciones hayan ido ya desapareciendo, quedan todavía algunas mentes sofistas que han crecido de la misma cepa aunque por sus venas no corra la misma savia que en los árboles de la antigüedad. A los esfuerzos del hombre por encaminar su pensamiento hacia la verdad no sólo se oponen las penalidades y los esfuerzos que los hombres han de tomarse para encontrarla, sino que a las dificultades de fijarla una vez la han encontrado se añade también la inclinación natural de las mentes corruptas hacia el engaño. Una de las últimas escuelas de pensadores griegos se preguntó qué tendrá la mentira para que los hombres la adoren. Examinaron aquellos casos en los que se entregan a ella no para deleitar como los poetas, ni para conseguir una ganancia como los comerciantes, sino por el propio placer de mentir. No sé muy bien qué respondería yo en su caso: la verdad es como la luz del día que pese a toda su pureza y claridad no puede nunca iluminar las máscaras y los disfraces y los desfiles con la sutileza enigmática de la luz de

unas velas. La verdad puede tener el mismo valor que una de esas perlas que restalla a plena luz del día, pero nunca alcanzará el valor de un diamante o de un carbúnculo que brilla siempre, con indiferencia de la calidad de la luz. Mezclar una mentira en una frase le añade encanto. ¿Alguien puede dudar de que si extirpasen de la mente de los hombres todas las opiniones vacías, las esperanzas vanas, las fantasías más deseadas, los cálculos equivocados y el resto de los fantasmas del ánimo quedaría de la mente del hombre algo más que una serie de objetos hundidos en un líquido de melancolía y desánimo? La vida sería más desagradable. Uno de los padres se refiere a la poesía (y lo dice con toda seriedad): «vino del demonio», porque excita la imaginación de asuntos que no son más que la sombra de la mentira. Y la mentira no es algo que atraviese la mente y se vaya, sino una sustancia que se hinca en ella y allí se asienta y prospera provocando el deterioro que antes señalábamos. Pero aunque las mentiras y los engaños corrompan el juicio y el ánimo del hombre, la verdad debe valorarse por sí misma, debemos amar su búsqueda, el cortejo, la aprehensión, y su disfrute: pues la verdad es el bien soberano de la naturaleza humana. La primera creación de Dios, durante las primeras horas del mundo, fue la luz que da sentido a las cosas, la última fue la luz de la razón, y desde ese día de *sabbat* su tarea consiste en iluminar el espíritu humano. La primera luz expandió su cuerpo sobre la materia caótica, después cubrió el rostro del hombre, y después inspiró el rostro del escogido. Aquel poeta que dio prestigio a su escuela, aunque fuese un escritor inferior a otros, lo expresó de manera bella y precisa: «Supone un enorme placer sentarse en la orilla y ver como las olas zarandean a los barcos; es un placer estar junto a la ventana de un castillo y contemplar una batalla y todos

los sucesos que la recorren y la forman; pero no existe otro placer que pueda compararse al de estar en el seno de la verdad (una cima que nadie puede dominar, donde el aire siempre será puro y sereno) y contemplar los errores, las divagaciones, las brumas y las lloviznas que recorren el valle que se despliega al fondo». Y nadie puede negar que en el mundo existen tierras y firmamentos donde la mente del hombre puede desplazarse con claridad, descansar en la providencia y aferrarse a la verdad.

Si nos trasladamos ahora desde los reinos de la verdad teológica y filosófica a la verdad de los asuntos civiles, incluso quienes se muestren reticentes a ir con la verdad por delante deberán reconocer que el trato social cuando es franco y directo supone un honor para la naturaleza humana, mientras que mezclar la verdad con mentiras es como la aleación de oro y plata que puede ser más resistente que el metal puro pero pierde valor. Las serpientes avanzan por los mismos caminos retorcidos y sinuosos, y en lugar de apoyarse sobre los pies reptan sobre el vientre. No hay ningún vicio que compense la vergüenza del hombre al que descubren en un comportamiento falso y esquinado. Por eso juzgo que Montaigne habló con elegancia cuando se preguntó por los motivos de que la palabra *mentira* tuviese una reputación tan odiosa y despreciable: «Pues si lo pensamos bien, al decir que un hombre miente apenas decimos que es valiente ante Dios y cobarde ante los hombres. Pues todas las mentiras se encaran con Dios y huyen delante del hombre». Es una frase que suena bien pero es más que probable que no se pueda decir con tanta frescura y elegancia lo mismo de los prejuicios que traen las mentiras y el debilitamiento de la fe. Podemos apelar el célebre aserto de Dios sobre las futuras generaciones humanas: «cuando venga Cristo no encontrará fe en la tierra».

Sobre la muerte

El miedo que los hombres tienen a la muerte equivale al miedo que tienen los niños a internarse en la oscuridad. Y así como este temor natural en los niños se intensifica con los cuentos, también se intensifica con ellos el temor adulto a la muerte. La contemplación de la muerte, si la consideramos como el precio que tenemos que pagar como pecadores para ir al otro mundo, es un acontecimiento santo y piadoso. Sentir miedo ante la muerte como tributo de la naturaleza es una debilidad del carácter. No es menos cierto, sin embargo, que en muchas meditaciones religiosas se mezclan vetas de superstición y vanidad. En algunos de los libros que servían para mortificar a los monjes podemos leer páginas sobre lo dolorosa que puede llegar a ser la tortura de los dedos de los pies. Desde estas descripciones resulta sencillo saltar al escrutinio imaginario de cuáles serán los tormentos de la muerte, cuando el cuerpo se corrompe y debe entregarse a la disolución. Y, sin embargo, la verdad es que muchas veces la muerte se apodera de un cuerpo con menos dolor que si le torturasen una extremidad, pues las zonas vitales de un organismo no son necesariamente las más sensibles. Un hombre que hablaba tanto como filósofo como hombre corriente dijo: «Nos atemoriza más la pompa que acompaña la muerte que la propia muerte». Son los gemidos y las convulsio-

nes, la piel pálida, el llanto de los seres queridos, el entierro y el luto, el cortejo que intensifica el miedo de nuestra imaginación a la muerte. Me parece apropiado señalar que no hay un sentimiento más frágil en la mente humana que el miedo a la muerte, pero es capaz de dominarla por completo. Y, sin embargo, el hombre vive rodeado de inclinaciones más poderosas que la muerte. El deseo de vengarnos se antepone a la muerte, el amor la desprecia, el honor va mucho más allá, la pena la esquiva, y el miedo se le adelanta siempre. Podemos leer que tras el suicidio del emperador Odón, la compasión (el más dulce de los sentimientos) de sus súbditos provocó la muerte de muchos de ellos, y ese fue el destino más adecuado para sus partidarios. Séneca no fue el único en saciarse de la vida y aburrirse: «Piensa cuánto tiempo llevas haciendo lo mismo, no sólo el hombre temerario y el lastrado por la fortuna pueden desear la muerte, también aquel que está ahído de vida puede desearla». Un hombre podría morir, pese a no ser ni temerario ni desgraciado, sólo por el agotamiento mental de hacer un día tras otro las mismas cosas. También merece la pena reparar en cómo la proximidad de la muerte apenas altera a las almas buenas que consiguen parecerse a ellas mismas, tal y como eran, hasta el último de sus días. César Augusto murió con un elogio en los labios: «Adiós, Livia, sigue viviendo y acuérdate bien de nuestro enlace». Tiberio murió, como nos cuenta Tácito, con disimulo: «A Tiberio le abandonó la fuerza del cuerpo pero no su doblez»; Vespasiano murió entre grandes aspavientos y gritando: «Me transformo en un Dios»; Galba, con una frase atragantada: «Que me golpee si ha de beneficiar al pueblo romano»; Séptimo Severo murió con un tono apremiante: «Apresúrate si quieres algo de mí». Y podríamos encontrar muchos

otros ejemplos. Los estoicos le dieron demasiada importancia a la muerte, y hacían tantos preparativos que en sus escritos parece más terrible de lo que es. Prefiero pensar con Juvenal: «el extremo final de la vida es uno de los regalos de la naturaleza». Tan natural es morir como nacer, y para el niño nacer ha de ser tan doloroso como para el adulto morir. Quien muere en mitad de una empresa fervorosa, con la sangre caliente, apenas siente la herida; mientras que aquel que concentra su pensamiento en algo demasiado bueno no evitará los dolores de la muerte. Pero ante todo recomiendo recordar y creer el dulce canto del *Nunc dimittis*, que certifica que un hombre ha conseguido un final digno de sus esperanzas. Y la muerte nos trae un último beneficio, nos abre las puertas de la buena fama y sofoca la envidia: «Una vez muerto, será más amado».

Sobre la unidad de la religión

La religión supone para las sociedades humanas el principal lazo entre sus ciudadanos, de manera que es muy beneficioso para un Estado que su religión vincule de verdad a los distintos estamentos e individuos. Los paganos desconocieron durante siglos las discordias y las controversias motivadas por la religión. El motivo lo encontramos en que la religión de los paganos se basaba en una sucesión de ceremonias rituales más que en el respeto a creencias concretas. Basta con recordar que los doctores más importantes de su iglesia eran los poetas para imaginar qué clase de fe debía ser la suya. Pero el verdadero Dios destaca por un rasgo de carácter: se trata de un Dios celoso que no admite en su culto ni en su religión añadidos ni compañía. Este rasgo nos empuja a escribir algo sobre la unidad de la Iglesia: sobre sus beneficios, sus límites y sus medios.

Los beneficios de la unidad (además de ganarse el aprecio de Dios que vale más que cualquier otra cosa) son dos: uno repercute sobre los que están fuera de la Iglesia y otro sobre los que están dentro. Incluso para los primeros una sucesión de herejías y cismas supone un escándalo cuyo efecto más pernicioso sobre la vida social es la degradación de las costumbres. Del mismo modo que una herida sobre un cuerpo vivo tiene efectos tan nocivos como un humor corrupto, lo mismo sucede

en el plano espiritual. Uno de los motivos por los que los hombres se deciden a no entrar a la Iglesia o se les invita a salir de ella es contemplar cómo se resquebraja la unidad de la creencia. Siempre que uno diga: «está en el desierto», y otro responda «está en las cámaras», habrá hombres que se decidan a buscar a Cristo fuera de la Iglesia, entre las sectas heréticas. El doctor de los gentiles (que gracias a la nobleza de su vocación trató con mucho tiento con aquellos ciudadanos que viven fuera de la Iglesia) dijo: «Si todos en la Iglesia hablan lenguas distintas, y dejamos entrar a los infieles, ¿no dirán que estamos locos?». Cuando los ateos y los profanos escuchan en la calle tantas opiniones sobre la religión que son incompatibles y contrarias, se alejan de las filas de los creyentes y «se sientan en las sillas de los que nos hacen escarnio». Es una falta leve querer imponer una opinión en asuntos tan importantes, pero es un buen indicio de la corrupción generalizada. Un maestro de la sátira titula un volumen de su biblioteca imaginaria así: «La danza mora de los heréticos». Y es bien cierto que cada secta defiende cosas tan dispares y manifiesta una mezquindad tan característica que no es de extrañar que despierten la risa de los políticos más maliciosos y mundanos siempre dispuestos a difamar los asuntos sagrados.

El beneficio para los que ya están dentro de la Iglesia es la paz, cuyas bendiciones son múltiples: asienta la fe, estimula la caridad, emana una suave tranquilidad sobre la conciencia, y transforma los textos sobre controversia en tratados devotos.

En cuanto a los límites de la unidad se trata de un asunto que debe fijarse con precisión pues se trata de un asunto de una importancia decisiva. He advertido que existen dos posiciones extremas. Se da una clase de fa-

náticos que consideran que cualquier intento de pacificación es odioso: «¿Están en paz? Y Jesús le respondió: ¿Qué tengo que ver yo con la paz? Aléjate de mí». Ciertamente, la paz no es el asunto que se dirime en las controversias, pero si se alcanza la unidad es la estela que le sigue. Por el contrario, algunos laodicenses tibios creen que pueden equilibrar las disputas acomodando las distintas posiciones religiosas en puntos intermedios que respeten las diferencias y las armonicen en creencias compatibles. Estos hombres ensayan reconciliaciones muy ingeniosas como si fuese posible escoger entre Dios y el hombre. Debemos evitar ambos extremos. Y lo lograríamos si se dieran las condiciones contrarias a las que expusimos antes, es decir si las creencias sustanciales de la religión fuesen separadas con claridad de aquellas materias que están más sujetas a la opinión que a la fe. En ese caso podríamos decir que: «Quien no está conmigo está contra mí, y quien no está contra nosotros está con nosotros». Algunos me dirán que esta separación es un asunto trivial que se solucionó hace mucho, pero si se hubiese solucionado parcialmente (ya no digo en su totalidad) nos ahorraríamos muchas disputas.

En relación con este asunto concreto puedo dar un consejo basándome en mi modesta experiencia. Los hombres deben evitar dividir la Iglesia de Dios con dos clases de controversias. En primer lugar cuando el asunto es demasiado pequeño y nimio, y no merece ser aclarado, pues sólo despierta discusiones irrelevantes. Uno de los padres de la Iglesia ha dicho: «La túnica de Cristo no tenía costuras, pero las ropas de la Iglesia tienen diversos colores». Y añadió: «que hayan vestidos distintos, pero no división». La unidad y la uniformidad son dos cosas bien distintas. En segundo lugar nos encontramos con los casos en los cuales el asunto que motiva

la controversia es tan importante que genera argumentos y discusiones demasiado oscuros y alambicados, de manera que una competición de ingenio retórico va desplazando lo esencial. El hombre con buen juicio a menudo tiene la oportunidad de escuchar cómo discuten los ignorantes, y advierte que aunque en el fondo sus posiciones estén bastante cerca, nunca llegarán a alcanzar un acuerdo. Y si un hombre puede percibir las semejanzas entre dos hombres que parecen tan distantes, ¿no comprenderá Dios, que reina sobre todos y que conoce también nuestros corazones, las posiciones de ambos y los aceptará a los dos? San Pablo caracterizó con mucha precisión esta clase de controversias: «Evita las conversaciones profanas llenas de banalidades, y los argumentos de los falsos doctos». Los hombres inventan controversias que no lo son, y las expresan en términos muy rígidos. También debemos protegernos de dos clases de paz o de unidad falsas. La primera se da cuando la paz se basa en una ignorancia basada en argumentos complicados, ya que todos los colores se parecen en la oscuridad. La segunda viene de admitir dos puntos de vista contrarios en un asunto fundamental, pues la verdad y la falsedad en esta clase de asuntos son como el hierro y el barro que se tocan a los pies de la estatua de Nabucodonosor: pueden separarse, pero nunca podrán mezclarse.

En cuanto a los medios más adecuados para alcanzar la unidad, creo conveniente que los hombres adviertan la importancia de que en su empeño por alcanzar o fortalecer la unidad de la religión no debiliten o deformen las leyes que rigen la caridad y la sociedad. Los cristianos empuñan dos espadas: la temporal y la espiritual. Las dos ocupan su espacio y tienen su importancia para el buen funcionamiento de la religión, y los hombres ja-

más deberíamos empuñar la tercera espada, que es la propia de los islamistas. No deberíamos desear una espada para propagar la religión con guerras o alterar las conciencias con persecuciones sanguinarias, excepto para solucionar blasfemias, escándalos manifiestos e intromisiones en los asuntos de Estado. Debemos ser prudentes con esta espada y no alimentar a los sediciosos, ni amparar a conspiradores o a rebeldes, esta espada no puede caer en manos del pueblo, ni emplearse para cualquier clase de subversión del gobierno. Porque así confrontaríamos la primera espada con la segunda, pues nos limitaríamos a considerar a los hombres como cristianos y nos olvidaríamos de que son hombres. El poeta Lucrecio arremete contra la religión al recordar cómo Agamenón se sintió dispuesto a sacrificar a su propia hija: «De cuántos males nos puede persuadir la religión». ¿Qué hubiese dicho Lucrecio de haber tenido noticia de las matanzas de hugonotes en Francia y de la traición de la pólvora en Inglaterra? Se hubiese sentido siete veces más epicúreo y ateo de lo que ya era. La espada temporal debe desenvainarse con suma prudencia cuando se trata de disputas religiosas. Y es una aberración ponerla en las manos del pueblo llano. El diablo incurrió en una enorme blasfemia al decir: «Ascenderé y seré parecido al Altísimo», pero todavía es una blasfemia mayor decir: «Descenderé y seré parecido al señor de las tinieblas». Nada puede ser peor que rebajar la causa de la religión a una secuencia de actos de crueldad, asesinatos, matanzas execrables, y de subversiones de estados. Se parece a rebajar la forma del Espíritu Santo de la paloma que desciende y se posa sobre los asuntos humanos, a un buitre o a un cuervo. Se parece a izar una bandera diciendo que es la cristiana y que restalle la de los piratas y los asesinos. Es imprescindible

por todo lo que llevamos dicho que la Iglesia con sus doctrinas y normas y los príncipes con sus espadas maldigan y arrojen al infierno para que ardan una eternidad aquellos hechos y opiniones que apoyen los disturbios y los enfrentamientos. Lo más propio cuando ofrecemos un consejo en materia religiosa sería anteponer el consejo del Apóstol: «La ira del hombre no contribuye a la justicia de Dios». Y le debemos a un padre prudente y a su sincera confesión la idea de que quienes pretenden alterar las conciencias a menudo defienden intereses particulares.

Índice

Prólogo	7
1. Sobre la verdad.	23
2. Sobre la muerte.	27
3. Sobre la unidad de la religión	31
4. Sobre la venganza.	37
5. Sobre la adversidad.	39
6. Sobre la simulación y el disimulo	41
7. Sobre los padres y los hijos	45
8. Sobre el matrimonio y la vida de soltero	49
9. Sobre la envidia	53
10. Sobre el amor	61
11. De los grandes cargos	65
12. Sobre la osadía	71
13. Sobre la bondad y la bondad natural	75
14. Sobre la nobleza	79
15. De las sediciones y los disturbios.	83
16. Sobre el ateísmo	93

17. Sobre las supersticiones	97
18. Sobre los viajes	99
19. Del imperio	103
20. Sobre los consejos.	111
21. Sobre las dilaciones.	117
22. Sobre la astucia.	119
23. Sobre la sabiduría egoísta	125
24. Sobre las innovaciones	127
25. Sobre la premura	129
26. De los que parecen sabios	133
27. Sobre la amistad	135
28. Sobre el gasto	145
29. Sobre la verdadera grandeza de reinos y estados.	147
30. Sobre el gobierno de la salud.	159
31. Sobre la sospecha	163
32. Sobre la conversación	165
33. Sobre las plantaciones coloniales	169
34. Sobre la riqueza	173
35. Sobre las profecías	179
36. Sobre la ambición.	183
37. Sobre las máscaras y los triunfos.	187
38. Sobre la naturaleza de los hombres.	191

39. Sobre la costumbre y la educación	195
40. Sobre la fortuna	199
41. Sobre la usura.	203
42. Sobre la juventud y la vejez.	209
43. Sobre la belleza.	213
44. Sobre la deformidad	215
45. Sobre la construcción	217
46. Sobre los jardines	223
47. Sobre las negociaciones.	231
48. Sobre partidarios y amigos	235
49. Sobre aspirantes	237
50. Sobre los estudios	241
51. Sobre las diversas facciones.	245
52. Sobre las ceremonias y el respeto	249
53. Sobre las alabanzas.	253
54. Sobre la vanagloria.	255
55. Sobre el honor y la reputación	259
56. Sobre los jueces.	263
57. Sobre la ira	269
58. Sobre las vicisitudes	273
59. Sobre la fama	281